

SEXUALIDAD EN EL ENFERMO DE SIDA

¿Terminar o seguir?

Muchos hogares han recibido un visitante indeseable: el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, mejor conocido como SIDA, con el cual han tenido que aprender a vivir, e incluso a compartir la cama.

Por: Psicólogo Sexólogo Silvestre Faya

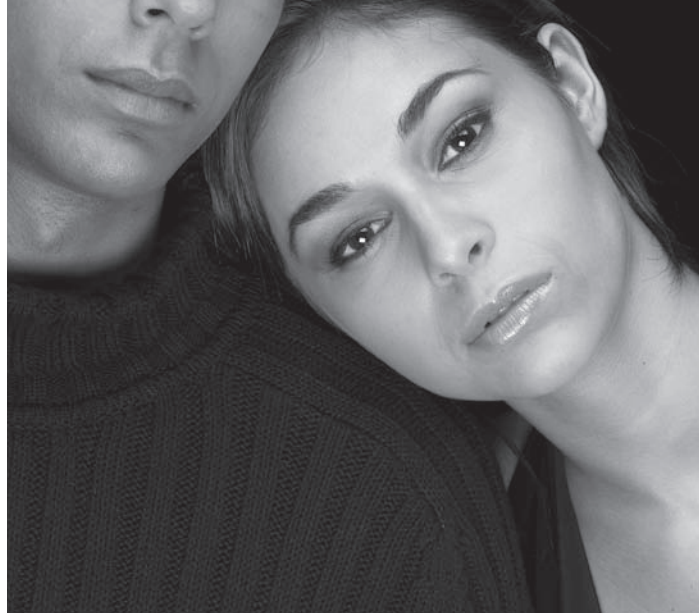
Foto: Archivo Siglo Nuevo

Esta enfermedad es considerada un azote de la humanidad y cada día cobra más víctimas. Lamentablemente, muchos esposos son deshonestos con sus esposas, llevan una doble vida sexual en la que contraen la enfermedad, llevándola a casa y contagiando a sus mujeres. Aunque sí existen, son mucho menos los casos en donde la esposa contrae la enfermedad y la lleva al hogar infectando al marido.

El contacto homosexual entre hombres que no usan condón, es la forma más frecuente de contagio. Compartir jeringas con adictos enfermos durante el consumo de drogas intravenosas es otro foco de infección. Quienes compran servicios sexuales y lo hacen sin preservativo, también están expuestos. Estas conductas se consideran como los comportamientos más riesgosos. Otras vías de contagio del SIDA son la transmisión de la madre al hijo durante el embarazo, y -muy poco frecuente- una transfusión de sangre contaminada con el Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VIH).

ESTOY INFECTADO

La primera reacción ante este fatal diagnóstico es la negación, el rechazo de la enfermedad. Fuertes y encontradas emociones viven las parejas en las que uno de sus miembros contrae este padecimiento. Los sentimientos de sorpresa dan paso a los de culpa, luego vienen las expectativas fantásticas de que ellos van a encontrar una cura para esta enfermedad; o bien, la depresión y la oscuridad pueden llegar a cubrir la vida de esta pareja.



Si hay amor y éste es firme, el SIDA
será una prueba que se afrontará día con día,
instante a instante



Una vez que el diagnóstico empieza a aceptarse y las medidas médicas necesarias se llevan a cabo, los pacientes con SIDA y sus parejas tienen dos posibilidades: seguir juntas o terminar con la relación. Si bien la mayoría de las parejas se rompen, existen aquellas en que se elige seguir unidos y afrontar el problema de frente.

Las personas que tienen esta enfermedad pueden reanudar su vida sexual si así lo desean, por supuesto, con la debida protección y siguiendo las pertinentes indicaciones médicas. Quienes se quedan a luchar juntos saben que la pelea es totalmente desventajosa para ellos, pues la enfermedad seguirá avanzando, y la calidad de vida física y emocional del compañero terminará quebrantándose, sin embargo, este apoyo mutuo puede resultar beneficioso en las horas más difíciles.

SEXO PROTEGIDO

El amor y el deseo de permanecer unidos ante esta adversidad puede enfrentarse sosteniendo relaciones protegidas con condón o sin penetración, para evitar el contagio del otro. Eso es en el aspecto físico; el emocional y psicológico, es otra cosa.

Como ya se sabe que el contagio provino de la relación con otra pareja, es inevitable que el resentimiento hacia el enfermo y el dolor del engaño siempre estén presentes; así como el temor de que la protección pueda fallar y se dé el contagio. Las parejas, entonces, establecen un sistema de señales para invitarse a la relación sexual haciendo que los encuentros sexuales sean pro-

gramados y no espontáneos como eran antes, lo cual aunado a los temores ya dichos, disminuye el placer erótico.

Hoy, los tratamientos médicos ofrecen enormes avances y la calidad de vida de estos pacientes es mucho mejor; esto les permite a las parejas disfrutarse mutuamente un tiempo más prolongado.

Si hay amor y éste es firme, el SIDA será una prueba que se afrontará día con día, instante a instante y, aunque habrá caídas emocionales en ambos, podrán ir viviendo días felices. De ellos dependerá que esta felicidad sea parecida a la que tenían cuando no existía esta amenaza en sus vidas.

La pareja sana de un enfermo con SIDA requiere del apoyo e información del médico que atiende a su compañero; pero necesita también abrir su corazón y pensamiento para ser orientada a enfrentar este mal que acabará con la vida de su pareja. Le servirá recordar –y esto es algo que debemos hacer todos- que todos algún día vamos a morir y que, como humanos, tenemos dignidad; por ello, debemos aprender a respetar la dignidad de estos enfermos. §

Correo-e: sexologosilvestrefaya@hotmail.com



Una historia real

La vida sexual de una pareja en la que uno de sus miembros contrae SIDA, cambia totalmente, y puede llegar a convertirse en un caos. Esta es una historia real: Carlos (nombre ficticio) siempre presumió de tener una vida sexual muy activa: en las fiestas era el primero en conseguir a una chica y llevársela a la cama. Su conducta era envidiada por muchos. Carlos vivió de prisa... a los 43 años se enteró que tenía SIDA. El día que su médico le comunicó

la noticia no lloró, porque decía que eso era un signo de debilidad. Pero su pareja –con quien llevaba tres años- se desmoronó cuando supo de la enfermedad. Ella se sentía víctima de la vida que su pareja había llevado. En ese momento, Carlos enfrentó la reclamación de su compañera, quien justificadamente le reclamaba que ella, que siempre había sido fiel, probablemente también estuviera infectada. Una sensación sórdida los acom-

pañó hasta que el resultado de los exámenes practicados demostró que ella no se había contagiado. Tuvieron que ajustarse a vivir una nueva sexualidad. Tomaron la determinación de usar condón en sus relaciones sexuales, esto evitaría el posible contagio. Su vida tomó ese giro: contacto con barrera, con temor, con coraje... un amor con limitaciones. Carlos murió cinco años después de haber recibido el diagnóstico de su enfermedad.